

PROMESAS INCUMPLIDAS

Como muestra de lo maravilloso de su existencia diversos colores se entrelazaban en el vaivén de los movimientos de esa cosita pequeña y puntiaguda que marcaba diferentes recorridos en ella, sostenida por dos imponentes columnas y poderosos brazos.

Con este objeto me dijeron que mi vida cambiaría, tendría una amplia variedad de vestidos realizados por mí misma. Los atuendos de las modelos de las pasarelas de Milán se opacarían frente a la presencia de los míos, pero eso no sería nada frente a las cortinas increíbles que llenarían mi hogar de una calidez inconmensurable, que desde ya superarían a las que aparecen en las majestuosas casas de la revista Caras.

Y yo casi les creo, como no, si además de vestidos y cortinados me sugirieron que podría bordar bellos tapices para mi hogar o para regalar en alguna navidad a los parientes no demasiados pretenciosos, esos a quienes las manualidades les gustaban y no tenían afinidad con el capitalismo salvaje de nuestros días.

Pero lo mejor llegó con la idea de que ante tanta inflación, con este aparatito tan prometedor, realizaría camisas del estilo de las del cocodrilo, pero que a mí por supuesto me resultarían mucho mejor, a la vez que le daría la posibilidad a mi esposo de decir ante todos los demás: qué hermosa prenda me ha confeccionado mi hacendosa mujercita.

Ante tanta promoción de sus beneficios, que marcarían sin duda un punto de inflexión en mis agitados días, decidí que me convenía llevarla. Sería además una compañía, en lugar de una radio tendría su suave murmullo con que deleitarme y a su música instrumental para agregarle letras a mi antojo. Sin olvidar cómo mis pantorrillas tomarían una mejor forma ante los movimientos coordinados para darles el envión preciso.

No lo medité más y me dije: ya está, a partir de ahora formará parte de mi morada; y le di la bienvenida colocándola en uno de los mejores sitios, aquel donde todos pudieran verla y se sintieran atraídos por su presencia; en ese lugar donde la iluminación era la adecuada para compartir nuestros momentos de encuentro más íntimos.

La cubrí con una carpeta de principio del siglo XIX, la mejor que tenía de la herencia de una bisabuela, para que siempre se mantuviera libre del polvillo que el querido Chorrillero seguro se empeñaría en colocarle.

El gran día llegó una tarde soleada de primavera en la que tuvimos la posibilidad de conocernos profundamente. Ella me esperaba impecable, brillante y yo me sentía exultante, por fin iba a tener la posibilidad de cumplir todos los sueños que me habían prometido.

Conocernos fue el puntapié inicial, para lo cual me interesé en todo lo que atañía a su funcionamiento. Leí y releí todo para no cometer demasiadas equivocaciones siendo la primera vez que estaba ante ella. Parecía fácil, las imágenes del cuadernillo me mostraban un universo desconocido que estaba a un paso de descubrir.

Coloqué el hilo más colorido entre mi dedo índice y el pulgar, luego me lo llevé a la boca sugestivamente, cerrando sólo un poco mi ojo derecho como haciendo un guiño de truco y el momento más crucial llegó al querer introducir la hebra en el pequeño orificio. Desafío

importante fue éste al intentarlo una docena de veces hasta que por fin, un poco cansada, lo logré.

Luego le di la fuerza impulsora necesaria. Las puntas de mis pies junto a los talones parecieron danzar como una bailarina clásica donde la armonía fue fundamental para romper la inercia.

Fue un momento mágico y único, me sentí como la bella durmiente cuando sin considerar que debía correr mi dedo del elemento delgado y alargado me lo pinché en más de una oportunidad, mientras en el delicado lienzo se dibujaban caminos sinuosos que no seguían el trazado propuesto.

Ante tanto ímpetu en el movimiento, la correa de la rueda se desplazó de su lugar, lo que me obligó a detenerme, ubicarme por debajo del objeto en cuatro patas para intentar colocarla, algo que no resultó sencillo, de manera que al incorporarme el ciático se afectó y con dificultad volví a mi posición bípeda.

Pensé que por fin podría tener una relación tranquila con ella, pero el prensa-tela bajó de una forma tan inesperada que no me permitió sacar a tiempo el paño, que quedó presionado ante mi mirada asombrada, luego de lo cual tocando múltiples perillas logré mantenerlo fuera de peligro.

Ya vencidas las dificultades continué la tarea. A la línea que pretendía ser recta y era curva, la quise tomar por mi cuenta y volverla a su cauce, pero fue imposible ya que el querer dar vuelta la esquina resultó ser una verdadera osadía.

Luego de tres horas terminé extenuada, parecía que había corrido una maratón y decidí tomarme un tiempo para recuperarme. Pensé en el futuro fabuloso que me esperaba si lograba dominar a la Singer y no al revés; al mismo tiempo que descubría en la tienda cercana a mi casa unos vestidos, unas cortinas y unas camisas a tan buen precio que los compré sin remordimiento, mientras ella parecía esperarme todos los días llenándose de telarañas, eso sí, siempre cubierta con la carpeta de mis antepasados que parecían resguardarla de un olvido inevitable.